

32.  
CORAZÓN DE JESÚS  
ESPERANZA DE LOS QUE EN TI MUEREN

*Cor Iesu, spes in te morientium*

P. Reynaldo Satiro, Sacerdote brasileiro  
Misionero en Brasil

**Primer punto: la muerte**

Nosotros, los seres humanos, tenemos experiencia, tanto propia cuanto ajena, de que toda separación es causa de dolor. Y cuanto más íntimamente las cosas que se han de separar están unidas, más dolorosa será su separación. Así, por ejemplo, es profundamente doloroso para una madre el tener que separarse de un hijo ¡sólo ella y quizá ni siquiera ella lo puede decir!, aunque cuando el motivo de la separación es noble, el dolor puede, con el tiempo, convertirse en alegría.

La muerte biológica, es decir, la separación del cuerpo y el alma de una persona, que es la unión más perfecta, fundamental y existencial del hombre, es una separación de este tipo, profundamente dolorosa, y si queremos ser más específicos: inefablemente dolorosa. Es así, ¡no se la puede describir con riqueza de detalles, pero la experiencia nos dice que es dolorosísima! Tanto para la persona que muere (aunque la fe revela el sentido de la muerte y nos consuela), cuanto para los que se quedan, los cuales no raras veces también, en cierto sentido, mueren en su corazón, lo que se suele llamar luto.

Todo ese drama de la muerte parece indicar la necesidad de algún género especial de consuelo y la mejor expresión de dicho consuelo son

las siguientes palabras de Nuestro Señor: «Seré su amparo y refugio seguro durante la vida y principalmente a la hora de la muerte»<sup>1</sup>.

Tiene mucha razón Nuestro Señor en decir que será nuestro amparo y refugio seguro durante la vida porque Él mismo ya nos había dicho en su vida terrena: *No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? [...] No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso* (Mt 6,25.31-32). Su Amorosísimo Corazón está atento y es solícito por nuestras necesidades.

¿Y si es así para las angustiantes necesidades materiales de esta vida, cómo pensar que será distinto para nuestras necesidades espirituales en el angustiosísimo momento de la muerte? No es sin razón que Nuestro Señor promete ser nuestro amparo y refugio... principalmente a la hora de la muerte, que es tan desconocida que todos tienen motivos para temerla, conforme un canto popular:

«Los malos por no ser buenos,  
los buenos por no ser santos,  
aquel puente de la muerte  
todos lo pasan temblando»<sup>2</sup>.

«Seré su amparo y refugio seguro durante la vida y principalmente a la hora de la muerte».

---

<sup>1</sup> Cuarta promesa del Sagrado Corazón de Jesús.

<sup>2</sup> RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 546.

¡Sólo Jesús puede decir palabras tan acertadas para un momento tan difícil!

¡Sólo en Su Corazón puede el agonizante encontrar suficiente consuelo para que su muerte sea una suave separación de este mundo!

¡Sólo un Corazón cuya misericordia es eterna puede consolar el afligido corazón del hombre que tiene sed de eternidad cuando se le pone delante su destino eterno!

### **Segundo punto: la muerte en Cristo**

El término muerte designa primera y principalmente –como ya lo hemos dicho– la separación entre el cuerpo y el alma de una persona. Pero asumiendo la muerte con este sentido de separación, en el cristianismo también llamamos muerte a la radical separación que, por amor a Dios y siguiendo las enseñanzas y ejemplos de Cristo, el cristiano debe tener en relación al pecado y al mundo, más específicamente a todo lo que es el espíritu del mundo.

Lo dice claramente el Apóstol de los gentiles escribiendo a los cristianos de Roma: *Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús (Ro 6,11)*. El sentido de esa muerte al mundo y al pecado y vida en Cristo o, dicho de otro modo, el sentido de esa «muerte en Cristo» debe marcar profundamente el pensamiento cristiano y determinar las líneas de su acción. Y nos prepara para el momento de la muerte física. Las siguientes palabras de San Juan Pablo II pueden ser de gran utilidad para que mejor lo comprendamos:

«[...] **'Morir en Cristo'** significa, [...] confiar en Cristo y abandonarse totalmente a Él, poniendo en sus manos –de Hermano, de Amigo, de Buen Pastor– el propio destino, así como Él, muriendo, puso Su espíritu en las manos del Padre (Lc 23,46).

**‘Morir en Cristo’** significa cerrar los ojos a la luz de este mundo en la paz, en la amistad, en la comunión con Jesús, porque nada, *ni la muerte ni la vida... podrá separarnos del Amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro* (Ro 8,38-39)»<sup>3</sup>.

El santo Papa nos propone dos actitudes fundamentales: el abandono y la amistad. Abandono en Cristo, en su Corazón que tiene todos los calificativos para inspirar nuestra confianza: es Hermano, Amigo, Buen Pastor (y otros tantos no citados). Amistad con Cristo, que siendo Dios se hizo hombre justamente para aproximarse a nosotros y establecer ese lazo de amistad con nuestra naturaleza y con cada uno de nosotros en particular; y es justamente por esa amistad que aprendamos de Él a estar en el mundo sin ser del mundo (cf. Jn 15,19).

Los que viven en este santo abandono en Cristo y en esta amistad con Cristo, pueden considerarse realmente muertos para el mundo y vivos en Cristo. Pueden decir, siguiendo la exhortación de San Pedro, que viven en este mundo *como extranjeros y peregrinos*, es decir, como quien tiene otra patria y a ella dirige constantemente su caminar (cf. 1 Pe 2,11).

### **Tercer punto: la muerte y la esperanza caminan juntas**

Para el cristiano, muerte y esperanza son dos términos que poseen entre sí una relación estrechísima:

- La muerte de Cristo es nuestra esperanza de vida y salvación. San Pablo lo expresa con maestría con las siguientes palabras: *En efecto, cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; -en verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir-; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros. ¡Con cuánta*

---

<sup>3</sup> SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (5/11/1989).

*más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por Él salvos de la cólera! Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida! (Ro 5,6-10).*

- Alimentados de esa esperanza nos disponemos a morir en Cristo. El mismo Apóstol lo manifiesta: *¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?, como dice la Escritura: Por tu causa [por causa de la esperanza que pusimos en Ti y del amor que tenemos por Ti] somos muertos todo el día; tratados como ovejas destinadas al matadero. Pero en todo esto salimos más que vencedores gracias a Aquel que nos amó (Ro 8,35-37).*

- Y nuestra muerte en Cristo es siempre esperanza de una vida mejor. La muerte a este mundo para vivir una vida en Cristo es esperanza de una vida feliz y mejor por estar anclada en la providencia divina, como nos lo manifiesta el propio Cristo: *Yo os aseguro: nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno: ahora al presente, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda, con persecuciones y en el mundo venidero, vida eterna (Mc 10,28-30). Pero, además, la muerte biológica a esta vida temporal es esperanza de una vida feliz y mejor por ser eterna: No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios: creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, os lo habría dicho; porque voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros (Jn 14,1).*

¡Si no logramos el premio no podemos decir que es por falta de promesas, quizá se pueda decir que es por falta de esperanza!

¿Hay fundamentos para esa esperanza? Así lo respondía sintética y sapientísimamente San Bernardo: «Toda mi esperanza se funda en la caridad de la adopción, en la verdad de las promesas, y en el poder para

cumplirlas. Murmuren ahora cuanto quieran mis necias cavilaciones y digan: ¿Quién eres tú y qué es la gloria?, ¿qué méritos son los tuyos para conseguirla? Responderé con toda confianza: Yo sé muy bien en quién confío, y estoy muy cierto que me adoptó con caridad excesiva, que es fiel en lo que promete, y que tiene poder para cumplirlo, y puede hacer cuanto quiera»<sup>4</sup>.

¿Hay fundamentos para esperar, aún delante de nuestra muerte? Por cierto, las palabras y el ejemplo de San Pablo nos indican el camino para llegar a una adecuada respuesta: [...] *conforme a lo que aguardo y espero, que en modo alguno seré confundido; antes bien, que con plena seguridad, ahora como siempre, Cristo será glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mi muerte, pues para mí la vida es Cristo, y el morir, una ganancia* (Flp 1,20-21).

¡Si la vida del cristiano está resumida y unificada en la persona de Cristo, si el cristiano confiando en la promesa de Cristo se encuentra amparado y refugiado en su Corazón, la muerte no solamente nos es algo que temer, sino incluso es algo que se puede santamente desear!

Es ya una sentencia común que «*Qualis vita, finis ita*», es decir, tal cual es la vida, así suele ser su fin. Si nos esforzamos por vivir en el Corazón de Jesús, sondeando y cumpliendo sus deseos, consejos y mandamientos, no podemos esperar menos que morir en este mismo Corazón, gozando de todas sus delicias.

## **Coloquio**

¡Dulcísimo Corazón de Jesús!

Desde toda la eternidad ya conoces en toda su extensión y profundidad el corazón del hombre, no obstante, por un acto de incomprensible e

---

<sup>4</sup> SAN BERNARDO, *Obras*, t. 1, p. 477.

inefable Amor, asumiste un Corazón de carne y experimentaste en grado supremo en tu vida terrena todos los dolores, angustias y aflicciones que un corazón humano puede soportar -incluso la muerte- para que nunca dudemos de la grandeza de tu compasión y misericordia para con nosotros.

Tu modo de proceder inspira nuestra confianza, por eso humildemente manifiesto Señor mis ansias de que toda mi vida, presente, pasada y futura esté anclada en tu Corazón, donde pretendo encontrar remedio para para todas mis angustias.

¡Que el recuerdo de mis pecados pasados, Señor, no sea motivo de desconfianza de tu perdón, sino más bien un impulso para que avance por las aguas cada vez más profundas en el océano de tu Corazón que no se hizo carne para juzgar al mundo, sino para salvarlo (cf. Jn 3,17)!

¡Que la consciencia de mi presente indignidad, Señor, no sea motivo para que yo tenga miedo de aproximarme a ti, oír tu llamada, seguir tus huellas, desear y marchar por la senda de tus discípulos más cercanos, de los predilectos de tu Corazón, ya que no viniste a llamar a los justos, sino a los pecadores (cf. Mc 2,17)!

¡Que la incertidumbre de mi futuro destino, Señor, no sea motivo de aquella desesperación que paraliza la vida espiritual hasta producir su lamentable muerte, sino que me abandone más en ti, muriendo a las alegrías de este mundo y alimentando mi esperanza de los bienes del Cielo, donde tendré vida en plenitud, conforme a tu promesa (cf. Jn 10,10)!

¡Todo por ti, oh Sagrado Corazón de Jesús!